

La triple opresión de las minorías indígenas

Jaime González
PRT*

Quien escribe el presente artículo no es un antropólogo o un periodista experto, que haya realizado investigaciones directas en el seno de las comunidades indígenas en México. Creo, sin embargo, que la situación de superopresión que viven cerca de seis millones de individuos que forman parte de alrededor de cincuenta minorías étnicas, ha sido suficientemente documentada en diversas obras, como para que aquellos que tenemos un interés en la política podamos emitir una opinión.

Hablo de política, porque creo que la carencia de una clara posición tajante sobre la situación del diez por ciento de la población en México —las minorías étnicas—, constituye una grave ausencia en las plataformas, en la Prensa y en la propaganda en general de las organizaciones llamadas “de izquierda”. Al mismo tiempo, tengo que aclarar que lo que expongo en el presente artículo lo representa un punto de vista personal y no una opi-

nión del partido político al que pertenezco.

Para escribir las presentes notas, me movió a hacerlo, más que un conocimiento erudito, la necesidad de comenzar a plantear las tareas políticas que debemos emprender aquellos que estamos conscientes de que la situación es sumamente grave.

Una opresión especial

Existe una equivocación muy difundida entre todas las corrientes políticas, en cuanto a que al hablar de “campesinado” se desconoce o se pasa por alto la existencia de las minorías étnicas como grupos que sufren una opresión especial; es decir, que se agrupan en un mismo huacal los problemas mestizos e indígenas, y que, por ende, las soluciones que se dan para el conjunto del “campesinado” son, por lo menos, incompletas. Por supuesto, favorezco un programa en torno de la necesidad de una reforma agraria radical, una reforma agraria que no solo resuelva el problema de la tierra, sino

**Partido Revolucionario de los Trabajadores.*

el problema de la nacionalización de los bancos, para poder brindar al campesino los medios necesarios para cultivar la tierra. Una reforma agraria que no toque el problema del crédito, de la maquinaria, los fertilizantes, etc., significará la continuación de la opresión y la miseria de los hombres del campo, más que la erradicación de la crisis agraria.

Pero aun una reforma agraria radical no resolvería del todo los problemas y la opresión especial que sufren las minorías: el despojo de sus tierras que llevan a cabo los blancos y los mestizos; los ataques a sus bienes, a sus costumbres y a sus lenguas; la superexplotación de su trabajo; etc.

El racismo es, actualmente, algo tan universal como la economía monetaria o la existencia de clases sociales y castas privilegiadas. A pesar de toda la propaganda acerca de que la independencia de México y las revoluciones que más tarde la sucedieron reivindicaron al "indio" y lo hicieron un ciudadano con derechos iguales, el hecho es que existe la opresión racial en México, y que este problema es incomprendido por la mayoría de la población.

La propaganda oficial y los diversos medios de comunicación sistemáticamente han ocultado, de una manera u otra, la existencia de este problema racial. Se nos hace creer que las minorías náhuatl, otomí, chole, zeltal, y cuarenta y tantas otras, están en vías de ser "integradas", castellanizadas, y asimiladas a la gran familia mexicana. La realidad es otra, muy distinta, y en

extremo trágica. Grupos enteros son empujados a las partes más recónditas de la sierra; a sus lenguas se les da el mismo mérito que al que merecen en nuestras leyes las lenguas extranjeras (es decir, para todo propósito oficial no existen); sus costumbres son ridiculizadas —si es que se les llega a mencionar— y sus tierras les son sistemáticamente robadas.

Esta situación es el resultado de una triple opresión, bajo la cual viven estos grupos étnicos. Como parte de la población mexicana, comparten la opresión a la que estamos sujetos por el imperialismo, al igual que por las potencias industriales capitalistas que, por medio de la explotación de nuestros recursos y nuestro trabajo, han impedido nuestro desarrollo económico, social, político y cultural. Como parte del campesinado, en general, comparten la opresión de una clase social que está siendo despojada de sus medios de subsistencia. Y, por si lo anterior fuera poco, como minorías étnicas, sus costumbres, sus lenguas y sus bienes, son ultrajados por los blancos y los mestizos.

Soy de la opinión que el desarrollo del campesino en México hubiera exterminado a estos grupos (como lo hizo el desarrollo capitalista en los Estados Unidos de América con los indígenas norteamericanos), de no haber sido porque a los capitalistas les convenía mantener una capa de parias en la sociedad, a la cual se le podía pagar su trabajo a precios irrisorios (como sucede en Chiapas durante la cosecha de café, entre otros ejemplos);

a la que se le podía comprar su producto por una bicoca, y comercializarlos por una fortuna (como sucede en la producción de sombreros en Oaxaca), a la cual se le podía tener cultivando tierras que, de otra manera, hubieran permanecido ociosas hasta que les hicieran falta a los blancos y mestizos.

Esta situación se deriva de la tradición histórica y de la riqueza cultural de estas minorías, ya que no se trataba de "salvajes" de la edad de piedra, sino de culturas que habían avanzado considerablemente hasta antes de la Conquista.

El objetivo de la expedición de Hernán Cortés no fue, en un principio, colonizar (traer colonos españoles para cultivar las tierras "descubiertas" o conquistadas), sino el de saquear los vastos territorios que encontraron. Después de haber conquistado a las culturas mesoamericanas y de haber saqueado lo que pudieron encontrar, hubo un cierto cambio en los planes: el *trabajo* de los indígenas podía ser aprovechado para continuar el saqueo de los inmensos recursos de las tierras conquistadas. Para esto, la cultura, la sociedad y la economía de estos pueblos, fueron destruidas al grado en que ha sido apenas hasta el siglo pasado, cuando se comenzó a "descubrir" que, antes de la llegada de los españoles, en Mesoamérica, habían florecido civilizaciones bastante impresionantes.

Es en el período de la conquista donde encontramos las razones materiales para el surgimiento del profundo

racismo que instauró el imperio español en México: había que quebrar estas culturas, había que "someter al indio" hasta tal punto que no le quedara el menor rasgo de orgullo nacional —o, más precisamente, orgullo cultural y étnico—; había que dividir a la población entre blancos, mestizos, indios (divididos, a su vez, en numerosas castas); había que "cristianizar" a los indígenas para hacerles creer que el dios blanco era muy superior a las deidades nativas.

El racismo que se ejerce, hoy en día, en contra de las minorías, representa una continuación del racismo de los conquistadores españoles; el sistema capitalista tiene un interés en perpetuarlo. Actualmente, las minorías étnicas indígenas representan el estrato social más oprimido de la población.

La tierra: el problema vital

Con el racismo, se han justificado todas las expulsiones y campañas que se han emprendido en contra de las minorías. Por ejemplo, durante el porfiriato se llevaron a cabo las infames campañas contra el indio yanqui en Sonora y contra el indio maya en Yucatán. Se trataba, ni más ni menos, de enviar tropas federales para aplastar cualquier resistencia que opusieran los yanquis o los mayas a la invasión de blancos y mestizos a sus tierras.

Pero, con la revolución de 1910, no se resolvieron los problemas que el racismo porfirista había dejado planteados. La lista de despojos, de expulsiones, de arbitrariedades, es intermi-

nable: el caso de los tarahumaras, que han tenido que abandonar sus tierras tradicionales e irse moviendo, poco a poco, hacia las regiones más escarpadas e inhóspitas de la Sierra de Chihuahua; el caso de los náhuatl, a los cuales el Gobierno Federal ha movido, en incontables ocasiones, para realizar "obras públicas", sin haberles pagado las indemnizaciones legales; y tantos otros.

Un caso reciente nos ilustra esta tendencia: la masacre llevada a cabo hace dos años en contra de las minorías en Venustiano Carranza, Chiapas. La historia se repitió, ahora ya no con soldados porfiristas, sino con tropas del actual ejército mexicano. Hay que aclarar que, de no haber sido por algunas noticias filtradas a la prensa —casi por casualidad—, nunca nos hubiéramos enterado de esta masacre.

Los dirigentes de la comunidad que tenían como centro el pueblo de Venustiano Carranza, fueron encarcelados; la población ha sido echada de gran parte de sus tierras; los "responsables" (léase los dirigentes de las comunidades que no hicieron más que defender su patrimonio, y que incluso no opusieron resistencia armada), acusados de "diversos delitos", están siendo juzgados en un idioma distinto del suyo, con leyes que desconocen, y por funcionarios que no tienen nada que ver con sus comunidades. Es decir cuando los dirigentes de las comunidades caen en manos de las autoridades blancas y mestizas, están de hecho condenados, sin la posibilidad de defenderse.

Así las tierras se van perdiendo; comunidades enteras van desapareciendo, con o sin la irrisoria posibilidad de defenderse en las cortes de los blancos y mestizos; así, con argucias legales, se justifican las bardas de las haciendas de los nuevos terratenientes que van avanzando en las noches para ir cimentando el "progreso" racista en contra del "atraso" de los "indios".

La demanda por la autonomía

No bastaría con regularizar el problema de la tierra, aunque, obviamente, con el solo hecho de que a las minorías se les restituyera gran parte de las tierras que les han sido robadas, se resolverían muchos problemas. Pero, enclavadas en el seno de una economía capitalista, estas comunidades no podrían sobrevivir, por mucho tiempo, si solamente la tierra les es devuelta.

Muchos factores intervienen. Mencionaré solo los más importantes: Primero, los blancos y mestizos siempre encontrarán recursos de fuerzas —legales o ilegales—, en el seno de una sociedad racista, para volver a despojar de sus tierras a las minorías; segundo, la economía de mercado ahorcaría a las comunidades que no pudieran producir lo suficiente con sus viejas técnicas agrícolas.

La autonomía de los territorios que les corresponden a las minorías sería la única protección, más o menos viable, en contra de los ataques racistas. Por autonomía, me refiero a que las comunidades deben autoadminis-

trarse; contar con su propia fuerza pública, sus propias cortes para resolver los problemas concernientes a la tenencia de la tierra (de otra manera, estos conflictos se resolverían en los juzgados de los blancos y mestizos); contar con sus propias escuelas para enseñar las nuevas técnicas agrícolas a los miembros de las comunidades *en su propio idioma* (la castellanización es una manera racista e inadecuada de introducir nuevos conocimientos técnicos); contar con sus propias autoridades, con poder *real*; en fin, que se autogobernaran para evitar que el poder de los blancos y mestizos acabara por exterminar a las comunidades.

La gran mayoría de estas minorías no cuenta con los recursos como para erigir un estado nacional propio en estos momentos; estos son: los recursos como para instituir bancos de financiamiento, escuelas de educación media y superior, grandes obras de infraestructura, etc. Es por eso por lo que la autonomía, y no la separación como un estado aparente, es la solución más viable. Podría entenderse que estoy "inventando" una demanda; pero, desde las épocas de las grandes batallas de resistencia de los mayas y los yaquis —y, en algunos casos, aun antes— esta ha sido la aspiración de muchos de los pueblos. No la castellanización, no la integración al capitalismo, por medio de la fuerza; no la penetración comercial de pequeños y grandes capitalistas racistas, sino el permitir a estas minorías su propio desarrollo económico, social, político y cultural.

Por supuesto, si alguna de las minorías más grandes —como el caso de los yaquis y mayas— estuviera mayoritariamente por la separación de sus territorios con respecto al actual Estado mexicano, yo sería el primero —por decirlo así—, en apoyar dicha demanda; pero, hasta ahora, esta no ha sido planteada, y hasta ahora se trata de un caso hipotético.

Al mismo tiempo, no creo que alguna solución a medias pueda disminuir la opresión que sufren actualmente estas minorías. Aun en el caso de los pueblos más atrasados, que todavía dependen, en gran medida, de la agricultura rudimentaria, de la caza, de la pesca, la solución no va a ser un "método fácil en veinte pasos para traer a "los indios" al siglo veinte". Sus territorios, sus costumbres, sus modos de vida, deben ser respetados, so pena de que la civilización occidental, más que llevarles ayuda, les lleve infinidad de males que están conduciendo a la extinción de estos pueblos.

En este sentido, me parecen justas las declaraciones del presidente del Seminario de Cultura Mexicana, Salvador Azuela, que aparecieron en el diario *Excelsior* el día primero de abril pasado. El Sr. Azuela denunció la destrucción de las culturas que se realiza a fin de imponer la nuestra. Esta solución, apuntó, más que resolver los problemas de los indígenas, ha creado otros peores.

La conclusión final que podría extraer, como persona que se reclama marxista revolucionaria, es que el deber de todos aquellos que luchamos

por una sociedad mejor, es el de apoyar siempre a los más oprimidos; el problema del racismo en México solamente se podrá resolver cuando los trabajadores y sus aliados comprendan que será imposible transformar la actual sociedad mexicana sin tomar en cuenta y sin apoyar, a su vez, a las víctimas más sufridas del actual sistema, que componen, ni más ni menos, que el diez por ciento de la población. Creo que el movimiento "de izquierda" y los movimientos sindicales y campesinos en general, deben prestarle más atención a las denuncias de los atropellos cometidos en contra de las mi-

norías; creo que la colaboración de los investigadores y científicos objetivos será más provechosa si hacen saber públicamente los hechos, y que debemos abandonar cualquier ilusión con respecto a la política oficial. Hay mucho quehacer, y mucho se puede lograr, por medio de un movimiento de opinión —y de movilización de personas en torno de la defensa de las minorías—, que efectivamente presione a las autoridades para que cambien de política, para que cimienten una nueva política por la autonomía de las minorías y la ayuda masiva a sus comunidades.